

argumento sino el de que, á su parecer, las *Concepciones de Murillo* son jóvenes madres (*jeunes mères*) de humedecidos labios, lo cual es nada menos que inexacto. Una cosa es que las facciones y la expresión correspondan al tipo general de la mujer andaluza y particularmente sevillana, y otra muy diferente asegurar que son figuras absolutamente humanas, cuando cabalmente el gran mérito de Murillo consiste en haber sabido elevar las figuras humanas y naturales á la representación de lo divino. Con cuanta más razón, no dice Pope, que las *Concepciones de Murillo* son adorables hasta por los judíos. Verdad es que el citado articulista pretende también sacar consecuencias hasta del hecho de no haber pintado nunca Murillo una mujer desnuda, como si esto pudiera tener significación en el maestro de desnudo de la Academia sevillana, tan feliz en la pintura de niños, y como si pudiera sospecharse siquiera que fuese posible vestir bien una figura, y las de Murillo lo están perfectamente, sin tener idea completa y sólida del bulto que los paños cubren.

La *Concepción* pintada para los Venerables de Sevilla es la que más vicisitudes ha sufrido. Hallábanse estos padres en gozosa posesión de tal maravilla, cuando estalló la guerra de la Independencia y el ejército francés penetró en la ciudad. Estando pasando tranquilamente una mañana dos hermanos de la comunidad, cayeron sobre ellos de repente los soldados invasores. Llevados ante los gefes; fueron sometidos á conejo de guerra bajo el peso de una acusación de espionaje. Poco tiempo después leíase á los asombrados fráiles la sentencia, en que se les condenaban á ser pasados por las armas. Al saberlo el prior atribulado, pidió una audiencia al general en jefe que fué concedida en el acto. Lo que entre aquellos dos hombres se tratase, sábenlo Dios y ellos únicamente. Debieron, sin embargo, las instancias del prior ser tan vivas y tan convincentes sus razones, que al fin y al cabo salió con el indulto en la mano. Sólo que poco después, la comunidad, agradecida al acto magnánimo del general, le hacía generosa donación de la *Perla de las Concepciones*, consignándolo así en auténtico documento...

Cuando murió el mariscal Soult, que conservaba cuidadosamente sus trofeos, se anunció la venta del cuadro, en pública subasta, para el 10 de abril de 1852. Reunido la víspera el Consejo de ministros, acordaba secretamente, contando con la aquiescencia de la Cámara, que, en efecto, recayó, autorizar al director general de Museos para que á toda costa se impidiese la salida de Francia del cuadro.

La subasta minuciosamente descrita por el *Moniteur* del siguiente día, ha sido de las más célebres. Una inmensa concurrencia invadía el local donde tenía lugar. El perito tasador la inició, pronunciando estas palabras:

—Se saca á pública subasta la *Concepción de Murillo*, bajo el tipo de 150.000 francos.

E inmediatamente estalló una nutrida y prolongada salva de aplausos. El acto no era para menos. No se recuerda objeto alguno mueble que haya salido á pública almoneda con tipo tan elevado. Restablecido el silencio, produjose desde todos los ángulos del salón un fuego graneado de 250 pujas seguidas á mil francos cada una. Cuando el voceador, sin aliento ya, exclamó, como pidiendo una pausa: ¡Cuatrocientos mill!... el público, ante aquel espontáneo honor á Murillo, prorrumpió en una nueva salva de aplausos, mas entusiasta todavía que la primera. Continuando las pujas mas pausadamente y batiéndose ya en retirada muchos licitadores, se alcanzó, sin embargo, la cifra de 300.000 francos. Entonces el acto cobró nuevo interés, porque solo quedaban dos contendientes: uno, extranjero al parecer, pequeño de estatura y vestido de negro; otro, francés, decidido y ávido por no dejar escapar el mas leve de los movimientos de su adversario. Cruzáronse entre ambos de una manera sostenida hasta ochenta y cinco pujas seguidas, siempre de mil francos. Sólo cuando el licitador francés llegó á 586.000 francés hubo un silencio sepulcral. Mirando entonces el presidente al otro licitador, que con un ademán de visible angustia se declaraba vencido, dijo pausadamente:

—Se adjudica por 586.000 francos... y

—¡A la Francia, señores!—interrumpió un concurrente hasta entonces desapercibido, el conde de Nieuwerkerke, director de Museos, presa del más vivo y simpático entusiasmo.

Fácilmente se adivina que el licitador francés era el agente del gobierno.

El cuadro se colocó en el más espléndido marco de cuantos existen; con él se puso en el Louvre en lugar de honor, campeando solo, sin que le circunden otras composiciones, y allí admiran propios y extraños la aparición que por medio de la inteligencia de Murillo hace ante los mortales la Reina de los Cielos. Cuando el pueblo la contempla, rodeada de su coro de 30 ángeles, cree á veces percibir en el grupo un movimiento ascensional, y por eso llama vulgarmente al cuadro la Asunción de Murillo.

Pero si este cuadro es tan maravilloso, si estamparlo y vender las láminas á precio módico, mediante cupones que ofrecían los pe-